

ANDROGINIA:¿INDICADOR DE SALUD MENTAL?

*Felipe Cardona**

Resumen

En este artículo se revisa el concepto de androginia desde la perspectiva de las teorías cognitivas del género, y particularmente desde los aportes de Sandra Bem. Desde esta postura, se ha concebido la androginia como un criterio de adaptabilidad o ajuste psicológico. Los datos empíricos de las investigaciones sobre el tema no han apoyado estas hipótesis. Más bien, sus resultados arrojan fuertes cuestionamientos a este concepto y al valor que se le atribuye a lo masculino y lo femenino en nuestra cultura, y cómo estas dimensiones se relacionan con criterios de salud y bienestar.

Introducción

El estudio en psicología sobre el sexo y el género es sumamente vasto. Dentro de este campo se han desarrollado varias líneas de desarrollos teóricos y de investigación, que han tratado de responder a la pregunta acerca de las diferencias entre los hombres y las mujeres. La identidad de género, la orientación sexual y los roles sexuales son categorías que han sido trabajadas a lo largo de las últimas tres décadas, y han contribuido a diferenciar los distintos ámbitos de estudio en relación con las diferencias entre lo masculino y lo femenino.

Desde nuestra posición, la noción de rol sexual se entiende como todas las características, cualidades y atributos que presenta una persona, y que son típicamente asignados y deseables para cada género. En otras palabras, podríamos decir que los roles sexuales son el conjunto de rasgos y características que la cultura considera apropiados tanto para hombres como para mujeres.

En la década de los setenta, y dentro de la investigación concerniente a los roles sexuales, surgió el movimiento andrógino, que se distingue por ser un enfoque heterogéneo con diversas tendencias, y cuyo punto en común es el estudio de la integración de la masculinidad y la feminidad en una misma persona, en el sentido sociocultural (Álvarez, 1992).

El concepto de androginia proviene de los términos griegos andro, que significa hombre, y gyne, que significa mujer. Desde el ámbito psicológico, la androginia se entiende como un patrón de conducta que permite a los individuos expresar todo el conjunto de emociones y de posibilidades asociadas con los roles sexuales, sin atender a estereotipos sexuales. Una serie de autores han escrito y

* Estudiante de Psicología. Universidad de Costa Rica.

problematizado esta temática desde diversas posiciones teóricas en psicología, tales como la psicología social y las teorías cognitivas de género.

El movimiento andrógino, gracias al impulso de los movimientos feministas, principalmente, surgió como un intento de respuesta ante la bipolaridad genérica de lo masculino y lo femenino. Lo que estos grupos buscaban era una salida alterna frente al modelo bipolar que conocemos, y que lleva tanto a hombres como a mujeres a enfrentarse con una disyuntiva que, a la larga, promueve diferentes posiciones de un grupo frente al otro, y que sitúa a lo masculino y a lo femenino – y esto es lo más importante para los movimientos feministas en relaciones de diferentes valencias frente al poder.

Una de las razones por las cuales el tema de los roles sexuales, y particularmente el de la androginia, ha cobrado mucha importancia en las últimas tres décadas, ha sido el trabajo de Sandra Bem. Bem es una psicóloga estadounidense, identificada con las teorías cognitivas de género. Sus primeros esfuerzos en esta área datan de principios de la década de los setenta. Su labor en el campo de la androginia se ha enfocado, por un lado, en construir un aparato teórico que pueda explicar este concepto, y en la construcción de un instrumento que pudiese evaluar los roles sexuales, el BSRI (Bem Sex Role Inventory).

Según esta autora, existe una diferencia esencial entre aquellos individuos andróginos, y los que se identifican con un rol sexual masculino o femenino, es decir, los sujetos estereotipados. Éstos últimos son los que se apegarán en mayor medida a los patrones culturales deseables para un género, ya sea masculino o femenino, mientras que las personas con un rol sexual andrógino no se adherirán necesariamente a estas definiciones culturales.

El propósito de este artículo es describir el desarrollo de la construcción de androginia a partir del trabajo de Bem, y debatir acerca del significado que ha adquirido como una vía saludable de identidad del rol sexual.

El desarrollo de la construcción de androginia

Los planteamientos de Bem se han desarrollado en la línea de las teorías cognitivas sobre el género. Estas teorías estudian el desarrollo de las construcciones subjetivas sobre el género, y su núcleo epistemológico no es distinto del de la vertiente de los movimientos cognitivos. Sus nociones centrales se basan en la perspectiva de que los individuos son procesadores activos de información. El énfasis está colocado sobre el papel que las cogniciones y expectativas apriorísticas juegan en la manera en que la información es

organizada y utilizada (Lynn,2000).En este sentido, la información disponible a un(a)sujeto(a) no estará relacionada forzosamente con la información disponible a los sentidos, sino que se relacionará directamente con las habilidades para procesar y manejar dicha información.

Dentro de este marco, el concepto de esquema es central. Desde esta corriente se asume que los(as)individuos(as)desarrollan teorías ingenuas sobre el género, y estas teorías influyen a la información a la que las personas atienden, perciben y recuerdan. Se trata de procesos transaccionales en los cuales el ambiente, que está altamente organizado en cuestión de género en la mayoría de las sociedades, conduce a la creación de esquemas o teorías del género en las personas. Estas ideas han llevado a Bem a reflexionar sobre lo que ella llama una “sociedad sexo-esquemática ” ((Lynn,2000).

Bem se basó en los trabajos de Mischel (1969,citado por Meza,1993)para realizar sus postulados sobre la androginia. Este autor realizó una serie de estudios en 1968,cuyo propósito era confirmar un supuesto de la psicología de la personalidad, según el cual existe una cierta consistencia en la conducta de un individuo ante determinadas situaciones. Sin embargo, en sus estudios, estas consistencias no generaban correlaciones mayores de +0.30,y esto llevó a Mischel a concluir que la conducta humana varía de acuerdo con las demandas del ambiente. Los debates acerca de estas nuevas hipótesis se extendieron al campo del género, y se constituyeron en uno de los fundamentos sobre los cuales Bem desarrolló sus postulados sobre la androginia.

Ante la evidencia aportada por Mischel, Bem afirmó que: “debemos invertir nuestra concepción de que la consistencia de rasgos es lo dado y que la inconsistencia es lo problemático y, en su lugar, adoptar la visión de que cuando aparece el fenómeno de consistencia, éste debe ser explicado ” ((Bem,citada por Meza,1993).

Bem, al adoptar esta posición y aplicarla al campo de los roles sexuales, postula una diferencia básica entre los(as)individuos(as),que rigen su conducta y actitudes según lo que la cultura considera apropiado para uno u otro género, y los(as)sujetos(as)que no se rigen por estas normas, que serían los andróginos, representantes de la “inconsistencia ” que Mischel planteó.. Las personas identificadas con los rasgos estereotipados de masculinidad o feminidad, constituirían entonces el grupo “consistente ”,que debería ser explicado.

Estos argumentos abrieron entonces una nueva vertiente en la concepción de los roles sexuales, ya que esta construcción no podía ser ya pensada en los

términos únicos de la identificación con un patrón de conducta, por parte de un(a)sujeto(a),a partir de su sexo biológico. Sin duda, la teoría de Bem desafía la definición de los roles sexuales según la cual su aspecto dinámico “lleva a los individuos a comportarse como creen que deben hacerlo en virtud de su sexo en las diversas situaciones en las que se desenvuelven cotidianamente ” ((Money y Ehrhardt, citado por Moya,1985,p.461).De ahora en adelante, la discusión tendría que basarse en términos de flexibilidad o estereotipia, y de adherencia o rechazo frente a las opciones que la cultura ofrece como vía de acceso para constituirse como un(a)individuo(a)psicológicamente sexuado.

Según esta autora, la sociedad norteamericana, por su historia, ha agrupado distintos atributos en dos categorías mutuamente excluyentes, y ha considerado cada una de estas categorías como apropiadas y deseables para hombres y mujeres. Por ende, las personas se apegarán más o menos a aquellas características que son deseables para uno u otro género. Es decir, los(as)individuos(as) variarán en cuanto al grado en que utilizan o se apegan a determinadas definiciones culturales como ideales de masculinidad y feminidad, con el propósito de evaluar su propia personalidad y conducta. Aquellas personas identificadas con lo masculino o lo femenino están en armonía con estas definiciones culturales, mientras que los(as) individuos(as)andróginos presentan menos armonía con estos atributos, y no tienden a mantener una conducta de acuerdo con lo socialmente deseable.

Por ende, para Bem lo andrógino se entiende como la integración de la masculinidad y la feminidad en una misma persona, presuponiendo que la masculinidad y la feminidad son construcciones ortogonales unipolares, es decir, son construcciones discontinuas, que no deben entenderse como los polos o extremos de una misma dimensión.

Desde esta perspectiva, un(a)individuo(a)andrógino mostraría un mayor ajuste psicológico ante las diversas situaciones que se le presenten, ya que se caracteriza por poseer un amplio espectro de conductas y rasgos que indistintamente provienen de lo masculino y lo femenino, de manera que pueda ser asertivo, enérgico y con don de mando en ciertas ocasiones, o sensible y expresivo en otras. La ventaja radica en que la persona andrógina cuenta con un arsenal más amplio de conductas y rasgos, y al mismo tiempo cuenta con una mayor libertad de elección en los distintos contextos, y es capaz de conducirse con mayor flexibilidad que aquellos(as) individuos(as)que rigen su conducta estereotipadamente según lo masculino o lo femenino.

Uno de los frutos de las concepciones teóricas de Bem es su inventario sobre roles sexuales. El BSRI es una prueba estadística construida con el propósito de realizar investigación empírica alrededor de la construcción de la androginia. Su fin era convertirse en un instrumento que pudiese suministrar aportes empíricos que apoyaran las hipótesis sobre androginia explicadas anteriormente. Esta prueba fue publicada en 1974, y desde su aparición se ha convertido en uno de los instrumentos más utilizados en el campo de los roles sexuales. Se ha reportado que el BSRI ha sido utilizado en más de 700 estudios en todo el mundo (Hoffman y Borders, 2001). Se han hecho numerosas adaptaciones para que se haya podido aplicar en toda una gama de escenarios culturales distintos en el continente americano, europeo y asiático.

En Costa Rica, Meza (1993) hizo una adaptación de este instrumento para evaluar la relación entre el género y la percepción y preferencia de carrera universitaria. El instrumento final es una prueba similar a la versión corta del BSRI, que consta de una escala de 30 ítems.

En cuanto a la forma del instrumento, el BSRI consta de 3 escalas: de masculinidad, de feminidad, y una escala de relleno, y evalúa los roles sexuales con los cuales se identifican los(as) sujetos(as), en cuatro categorías: masculinidad, feminidad, androginia e indiferenciación. La manera en la que la prueba evalúa los roles sexuales es la siguiente: un(a) individuo(a) se identificará con un rol masculino, si obtiene puntaje alto en la escala de masculinidad y bajo en la escala de feminidad. Por otro lado, habrá una identificación con un rol femenino, si obtiene puntaje alto en la escala de feminidad, y bajo en la de masculinidad. Para que un(a) individuo(a) se identifique con un rol andrógino, debe tener una alta puntuación en ambas escalas. Por último, el rol indiferenciado es aquel que puntúa bajo en ambas escalas. El rol indiferenciado es una nueva categoría, puede decirse, que ha surgido a partir de la creación del instrumento, y que dentro de esta línea se perfila como un cuarto rol sexual. Aunque no se ha producido teoría alrededor del mismo, su significado sugiere una falta de identificación con lo que la cultura considera apropiado para cualquiera de los dos géneros, y posiblemente una resistencia a la norma y a lo culturalmente establecido.

Hoy día existe un gran debate sobre la validez actual de este instrumento. Mientras que Holt y Ellis (1998) consideran que el instrumento es válido en la actualidad para evaluar la identidad masculina y femenina, Hoffman y Borders (2001) niegan lo anterior y proponen que desde su creación, hace más de 25 años, hasta el presente, el uso de este instrumento es debatible.

La importancia del BSRI para nuestro tema radica en que es una herramienta que tiene una continuidad lógica con los postulados teóricos sobre el género de Bem, principalmente en torno a las nociones de lo masculino y lo femenino como dimensiones independientes. Además, es necesario entender la lógica de su funcionamiento, en aras de comprender los resultados de varios estudios que retomaremos a continuación.

Una revisión de los datos empíricos

Un número importante de estudios alrededor de la androginia han apoyado las hipótesis que entienden a esta construcción como una medida saludable y de bienestar. Algunos estudios sí han apoyado estas hipótesis. Por ejemplo, se ha correlacionado la androginia con una serie de atributos positivos, tales como altos niveles en la formación de la identidad en estudiantes universitarios en Estados Unidos (Bem,1974;Heilbrun,1976;Orlofsky,1977,citados por Holt & Ellis,1998). Adicionalmente, Ellis y Range (1988)han apoyado la idea de que los(as)individuos(as)andróginos tienen más razones para vivir que los(as)individuos(as)estereotipados (Holt &Ellis,1998).

Apesar de estos resultados, existe una serie de estudios que han obtenido datos en otras direcciones. Las conclusiones a las que se ha llegado en las investigaciones que se describen a continuación, arrojan serios cuestionamientos a la construcción de la androginia.

En 1992,Álvarez realizó en Costa Rica una investigación de tipo explicativa, llamada "Identidad Sexual, Salud Mental y Socialización en Jóvenes Adultos Universitarios ".Tras aplicar un instrumento que evalúa la identidad del rol sexual, y una escala de fortaleza yoica y neuroticismo, la autora asoció los roles sexuales con un criterio de salud mental en estudiantes universitarios, estableciendo como hipótesis que los sujetos andróginos serían aquellos que presentaran los puntajes más bajos en las escalas de neuroticismo. Los resultados no confirmaron estas hipótesis, ya que fueron los sujetos identificados como masculinos quienes presentaron un mayor nivel de salud mental. Aunque no tan alto, los sujetos andróginos también presentaron un buen nivel de salud mental, después de los masculinos, pero los análisis indican que el hecho de que los sujetos andróginos hayan tenido un nivel más o menos alto de salud mental está asociado no con la androginia misma, sino que esto es el resultado de la presencia de rasgos masculinos en estas personas. Es decir, según el estudio, en la androginia también hay un buen criterio de salud mental, pero porque en la androginia hay inscritos componentes de la masculinidad. Por su parte,los sujetos identificados

como femeninos e indiferenciados obtuvieron los niveles más bajos de salud mental.

Tong y Yewchuk, en 1996, en su investigación titulada "Self-concept and sex-role orientation in gifted high school students", obtuvieron resultados en la misma línea, al estudiar el autoconcepto en estudiantes superdotados de educación secundaria, ligado al rol sexual, en comparación con estudiantes de programas de estudio regulares. Aunque no encontraron diferencias significativas entre el grupo de estudiantes superdotados y el grupo control, los autores encontraron que los(as) sujetos(as) masculinos y andróginos eran quienes presentaban un mejor autoconcepto, en comparación con los demás roles sexuales.

En Nueva York, Anastasia y Miller (1998) realizaron una investigación titulada "Sex and gender: A study of university professors". Su interés se situaba en conocer si las diferencias de género tendían a desaparecer en profesores universitarios. A modo de hipótesis se postuló que los participantes de la muestra están asociados con un ambiente de prestigio, y se considera que se desenvuelven en un estatus social alto. El estudio se preguntaba principalmente si ante la desaparición de las diferencias sexuales la androginia surgiría como un rol sexual específico de estos individuos. Nuevamente los datos no apoyaron la hipótesis. El estudio concluyó que una mayoría abrumadora de la muestra se identificaba con el rol sexual indiferenciado, es decir, aquellos(as) sujetos(as) que obtienen bajo puntaje en las escalas de masculinidad y feminidad.

Consideraciones finales

Una de las críticas más fuertes dirigidas hacia la androginia señala que este concepto es incapaz de romper con la bipolaridad de lo masculino y lo femenino. La idea central de esta crítica es que la coexistencia de ambas dimensiones en una misma personalidad no plantea una nueva alternativa para romper esta dicotomía.

Los hallazgos de investigación descritos anteriormente refuerzan estas interrogantes con respecto a los fundamentos bajo los cuales se realizó la construcción del concepto de androginia, como una alternativa viable para romper con la esquematicidad de lo masculino y lo femenino.

En los años posteriores al desarrollo de sus trabajos sobre androginia, Bem reparó en este tropiezo de la construcción. Ella observó que la androginia no es algo distinto o nuevo, que no deja de abrazar lo que intenta fragmentar. Hay que cuestionarse realmente si la androginia puede considerarse una categoría sólida

frente a la bipolaridad de lo masculino y lo femenino, en el sentido en que fue planteado en los setentas desde los postulados teóricos de los(as)feministas. Podríamos responder positivamente ante esta pregunta, en tanto no debamos recurrir a lo masculino y lo femenino para dar cuenta de fenómenos que directamente están implicados en la androginia.

Posteriormente, Bem ha dirigido sus esfuerzos al tema de cómo esta polaridad de géneros en la cual vivimos perpetúa las diferencias entre hombres y mujeres. Desde la perspectiva de las teorías cognitivas sobre el esquema de género, la autora se ha centrado en estudiar cómo los individuos aprenden a pensar el género en términos de la polaridad masculino-femenino, lo que desemboca en una visión de la sociedad esquematizada.

Asimismo, frente a la evidencia de los estudios surgen muchos cuestionamientos acerca de lo masculino como la referencia cultural básica, y de cuál es el papel de lo femenino ante esto. No es casual la sorpresa de los investigadores que, queriendo buscar alternativas posibles para las vicisitudes entre los géneros, encuentran datos en sus estudios que hablan aún con más propiedad sobre un abismo que se sitúa justo en medio de lo masculino y lo femenino. Irónicamente, al tratar de fortalecer las propuestas sobre la construcción de la androginia, el esfuerzo de los investigadores por encontrar datos que apoyen las ideas sobre un concepto que pueda solucionar la disparidad entre los géneros , le ha dado al concepto de androginia más el carácter de una vía ideal que de una entidad real que, separada de la masculinidad y la feminidad, en algún momento se haya inscrito dentro de nuestros códigos culturales.

En este artículo nuestra atención se enfoca no tanto en el individuo biológico, sino en sus características psicológicas. El interés no está en el hombre y la mujer, sino en lo masculino y lo femenino. Sin embargo, los resultados de la investigación de Álvarez, mencionada anteriormente, abren una discusión sobre los caminos que los hombres y las mujeres deben recorrer para constituirse como tales en nuestra cultura. Los datos parecieran indicar que hay solo una ruta mediante la cual un individuo puede desplegar todo su potencial y conseguir éxito. Una ruta: la masculina, para dos sexos: hombre y mujer. ¿Podemos pensar entonces que las mujeres no pueden alcanzar un estatus social igualitario al del hombre en la cultura? Seguramente sí pueden, pero tendrán que hacerlo a un precio muy alto. Ellas tendrían que renunciar a su feminidad, o al menos, a ciertos componentes de su identidad femenina, para pasar a identificarse con otras características del rol masculino. Claro está, la identificación con uno u otro género

no debe entenderse como una elección decididamente consciente, sino como un proceso complejo que inicia a edades muy tempranas, y que nunca finaliza.

En cuanto al rol indiferenciado, presente en las muestras de las investigaciones reseñadas, es indicador, en primer lugar, de una resistencia a identificarse con los géneros existentes, pero sobre todo, constituye un síntoma de nuestra falta de recursos teóricos y técnicos para enfrentar los cambios que nuestras sociedades occidentales sufren en materia de los roles sexuales. “Indiferenciado ” es el nombre que utilizamos para designar algo que no sabemos qué es, que constituye un vacío del conocimiento en este campo, y que posiblemente apunta más allá de las meras definiciones de lo masculino y lo femenino que conocemos hasta nuestros días.

El peso de la evidencia empírica apunta a que la androginia llega a caminos sin salida que no pueden ser resueltos si no es por la vía de lo femenino y lo masculino. El esfuerzo de ofrecer una construcción alterna que pudiera lidiar con los aspectos ideológicos y psicosociales entre la masculinidad y la feminidad ha chocado con la realidad de que son estos modelos con los cuales deberíamos trabajar, pues por el momento no contamos con más. Aún así, es claro que el camino que nos puede llevar pasos adelante es el postular una nueva mirada sobre la disparidad planteada anteriormente, una mirada que se sitúe en un lugar de equivalencia, frente a la desigualdad que existe entre los géneros.